

Un pajarito

estaba encerrado en su jaula

de oro. Llegó el otoño y vio a los niños jugar a tirarse hojas.

Llegó el invierno y los niños jugaron con la nieve. Llegó la primavera y los niños

jugaron con las flores. Llegó el verano y el pajarito se escapó para jugar con el mar.

No siempre
era cruel Marcelino con
los animales. Más de una vez había ayudado al
viejo "Mochito" a cazar ratones. "Mochito" era el gato del convento,
ya casi medio ciego y a falta de una oreja que perdió cuando joven en terrible batalla
con un perro. -No, hombre, por ahí no- le decía Marcelino
a "Mochito" cuando andaban juntos de cacería. Bien valiéndose de palos o
de piedras para tapar los agujeros, Marcelino era una valiosa ayuda para "Mochito".

Todos los días
 echo mis barquitos de papel,
 uno tras otro, corriendo abajo. Llevan pintado
 con grandes letras negras mi nombre y el nombre de mi pueblo.
Si en la playa desconocida adonde lleguen alguien los encuentra, sabrá quién soy yo...
 Mis barquitos van cargados con flores del jardín de mi casa; y estoy
 seguro que estos capullos cogidos al alba
 llegarán con bien a tierra
 por la noche.

Esta
mañana mi
hermano y yo nos
hemos divertido. Mamá había ido al
mercado y tardaba. Entonces Vicente y yo
hemos empezado a arreglar la casa. Vicente ha traído
un cubo de agua para fregar; y yo he llevado las almohadas a las
camas después de sacudirlas bien. ¡Vaya sorpresa se ha llevado mamá a su regreso!

Canta que te canta,
nos ha venido la sed. Entonces nos hemos metido por el bosque,
para ver de hallar una fuente. Menos mal que la señorita sabía dónde buscarla.
Nosotros solos no la hubiésemos hallado. Es pequeñita, está muy escondida y mana de
ella un hilillo de
agua tan fino que apenas se oye.
Y va deslizándose suavemente hasta encontrar
un arroyuelo. Yo me sé una fuente; nadie la hallaría: oculta en el bosque,
al pie de una encina. Si cerca pasarais ella os llamaría; a mí me llamó, que no la sabía.

Aquí
están los dos
animalitos más traviosos de todo
el bosque. Con saltos y cabriolas pasan
de una
rama a otra sin
miedo a caer. Ahora, en otoño,
buscan comida para pasar muy tranquilos el invierno.
-¡Colatiesa! -chilla Castañuela-,
¿cómo está tu nido? -¡Oh, muy bien!
-contesta Colatiesa- tengo avellanas, nueces, bellotas...
Cuando llegue el invierno me parece que no pasaré ni hambre ni frío.

El chico consiguió salir de su asiento y deslizarse entre los hombres a la entrada del circo. Echó a andar por el pasillo medio oscuro. Se oían los aplausos y las voces de la gente y el restallar del látigo del domador de leones. Todo eso le gustaba mucho, pero lo que él quería era ver al payaso. Verlo de cerca, no desde la butaca y, si era posible, hablar con él. Ya volvería después a mirar el espectáculo. Llegó ante una puerta que estaba entreabierta y que tenía colgado un cartel que ponía:

"Señor payaso".

El chico
suspiró.

Una vez se estaba confesando un muchacho, y cuando el confesor le preguntó si tenía algo que decirle sobre el séptimo mandamiento, contestó el chico: -Pues, me acuso, padre, de que soy medio tonto. -Bien, hombre, bien; pero eso no es pecado; eso no es más que media desgracia. Te pregunto si has cogido algo que no sea tuyo.

-Es que, como soy medio tonto, en el tiempo de las eras aprovecho cuando no me ve el vecino y cojo trigo suyo y lo pongo en la era de mi padre. -Bueno, ¿y cómo no se te ocurre coger el trigo de la era de tu padre y llevarlo a la del vecino? Y contestó el chico:

-Porque eso sería ser tonto del todo.

Dumbo era un elefantito muy gracioso y juguetón. Su trompa era de un color gris-perla; la más bonita

trompa que jamás se ha visto. Pero ¡ay! Sus orejas eran tan grandes que le llegaban casi a las rodillas.

Por eso los otros elefantes del circo se burlaban. Las burlas de sus compañeros le ponían triste.

Entonces

una ratita amiga le animaba: -No llores; con esas orejas tú puedes volar... -¿Por qué no? -piaron las

golondrinas. Dumbo se subió al trapecio del circo, extendió las orejas y se soltó. ¡Qué maravilla!

¡Dumbo

volaba! ¡Cómo le envidiaban ahora sus grandes orejas los demás elefantes!

Uno de dos hermanos que combatían en la misma compañía, en Francia, cayó abatido por una bala alemana. El que escapó pidió autorización a su oficial para recobrar a su hermano. -Tal vez esté muerto -dijo el oficial-, y no tiene sentido que arriesgues tu vida para traer el cadáver. Pero ante sus súplicas el oficial accedió. Cuando el soldado regresó a las líneas con su hermano sobre los hombros, el herido falleció. -¿Ves? -dijo el oficial-. Arriesgaste la vida por nada. -No -respondió Tom-. Hice lo que él esperaba de mí, y obtuve mi recompensa. Cuando me acerqué y lo alcé en brazos, me dijo: "Tom, sabía que vendrías, presentía que vendrías". Y de eso se trata, en síntesis: alguien espera un acto bello, noble y abnegado de nosotros; alguien espera que seamos fieles.

Esta es mi mochila. ¿Os gusta? A mí me encanta. Me la compró mamá el año pasado. Como veis, es de color gris verdoso. Las correas para sujetarla a la espalda son de color marrón. Las hebillas brillan tanto que parecen de plata. En la bolsa mayor mamá coloca la comida, los cubiertos y la servilleta. En la parte de fuera hay dos bolsitas más pequeñas: una es para el vaso irrompible, y la otra para el cuaderno y los lápices de colores. Es por si tengo que dibujar algo, ¿sabéis? En el campo hay tantas cosas bonitas... Pero ninguna tan bonita como mi mochila. No sabría salir de excursión sin ella.

Lecturas Piramidales

Los niños, cuando

salían de la

escuela en primavera,

acostumbraban a jugar

en el jardín del gigante.

Un día, el gigante, que

era muy egoísta, tomó la

decisión de prohibir a los

niños jugar en su jardín. Pero

cuando volvió de nuevo la

primavera, toda la comarca se pobló de pájaros y flores, excepto

el jardín del gigante. La nieve y la escarcha se quedaron en el

jardín para siempre. Así siempre fue allí invierno. Pero un día el

gigante se arrepintió de haber sido

tan egoísta. Una mañana, estaba

todavía el gigante en la cama, cuando

oyó cantar a un jilguero. Los niños habían

entrado en el jardín por un agujero, y

con ellos volvió la primavera. Los árboles se

habían cubierto de hojas, los pájaros

volaban piando alegremente, las flores se asomaban

entre la hierba verde. Y el gigante

se sentía feliz en el jardín jugando con los niños.

Un ratón estaba descansando al pie de un árbol. De pronto le cayó una fruta en la cabeza. El ratón salió corriendo, encontró a su amigo el conejo y le dijo:

-Allí estaba yo, y me ha caído encima

una rama que por poco me mata. El conejo

corrió asustado, encontró a la ardilla y le dijo: -¡Por allí, hace un momento, le ha

caído al ratón un árbol encima! La ardilla echó a correr, encontró al cerdito y le

dijo: -¡No vayas por allí, que están

cayendo rayos y centellas! El cerdito

encontró al chivo y le dijo: -¡Corre,

corre, que por allí hay un terremoto! Y así, uno tras de otro, todos los animales,

asustados, corrieron como locos. Se creían que se hundía el mundo.

Arturo
era el más pequeño
de tres hermanos y estaba muy
mimado por toda la familia. Casi nunca le
regañaban, ¡era "el pequeño"!, y siempre le estaban
haciendo regalos: juguetes, cuentos,
lápices, golosinas,... Sin embargo,
todo cambió para Arturo cuando
nació su hermanita Adela. Cuando
nació Adela, muchos familiares y
amigos fueron a conocer a la niña.
Todos estaban pendientes de ella y
parecía que se habían olvidado de Arturo.

Lo que más le molestaba a Arturo era que ya no le traían regalos como antes. Todo se lo regalaban a la pequeña. La verdad es que a Arturo no le gustaba lo que le llevaban a su hermana: colonia, talco, ropita, sonajeros....,pero ¿por qué a él no le traían nada?

Una tarde entró en la habitación de Adela y se inclinó sobre la cuna. Le dijo a su hermana que él era el pequeño y que ella le había quitado el puesto. Entonces, la pequeña le agarró un dedo con su manita y Arturo lo entendió todo: ¡Era tan pequeña que todos tenían que cuidarla!

Desde ese día, él también cuidó a Adela. ¡Era la pequeña de la casa!

Lecturas Piramidales

Dos mujeres comparecieron ante el rey Salomón con dos bebés, uno muerto y otro vivo. Ambas mujeres afirmaban que el niño vivo les pertenecía, y decían que el muerto pertenecía a la otra. Una de ellas declaró: -Oh señor, ambas dormíamos con nuestros hijos en cama.

Y esta mujer, en su sueño, se acostó sobre su hijo, y él murió. Luego puso su hijo muerto junto al mío mientras yo dormía, y me quitó el mío. Por la mañana vi que no era mi hijo, pero ella alega que éste es mío, y que el niño vivo es de ella. Ahora,

oh rey, ordena a esta mujer que me devuelva mi hijo. La otra mujer declaró: -Eso no es verdad. El niño muerto le pertenece, y el niño vivo es mío, pero ella trata de arrebatármelo.

El joven rey escuchó a ambas mujeres. Al fin dijo: -Traedme una espada.

Le trajeron una espada, y Salomón dijo: -Empuña esta espada, corta al niño vivo

en dos y dale una mitad a cada una. Entonces una de las mujeres exclamó: -Oh mi señor, no

mates a mi hijo. Que la otra mujer se lo lleve, pero déjalo vivir. Pero la otra mujer dijo: -No, corta al niño en

dos, y divídelo entre ambas. Entonces Salomón declaró: -Entregad el niño a la mujer que se opuso a que lo mataran,

pues ella es la verdadera madre. Y el pueblo se maravilló de la sabiduría de ese rey tan joven, y vio que Dios le había dado discernimiento.

La
abuela
guarda en una
cajita las figuras del pesebre,
amontonadas, calladitas. Allí están,
durante todo el año, pastores y pastoras,
ovejas, caballitos, casas envueltas en la paja pintada de verde...

Allí
descansan
el Niño Jesús,
san José, la Virgen, la mula
y el buey. En diciembre, la abuela
pone en un rincón de la casa un cajón sobre otro,
y otro, y otro... Los cubre con un papel grueso pintarrajeado de

verde
y rojo. Después,
la abuela abre su caja y va
sacando, sacando, sacando... Saca
la paja verde; saca el pesebre con su lecho amarillo,
de hierba seca. Saca
la estrella plateada
que colgará en el portal.

Pero lo
primero que saca
es al Niño en el pesebre, a san
José y a la Virgen. La abuela los limpia
cuidadosamente y los coloca en su sitio. Y junto a ellos,
la mula
y el buey. Después,
un pastor con sus ovejas, por aquí;
un caballito alegre, por allá. No importa que algunas
figuras sean de diferente tamaño, lo que importa es que sean
bonitas...
Y así, poco a poco,
con mucho tino, con mucha paciencia,
la abuela organiza el pesebre. Los muchachos
le ayudan, a veces. Y tal vez el hermano mayor es el que
coloca las lucecitas eléctricas... Después vendrá la hora de quitar
el nacimiento. Otra vez
la abuela recogerá las
figuritas y las guardará hasta
el año que viene.